



## PRECIO DE SUSCRICION.

## EN MADRID.

Por un mes. . . . .	4 reales.
Por tres id. . . . .	11 »
Por seis id. . . . .	21 »
Por un año. . . . .	40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

## ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion y Redaccion, dirigirse al DIRECTOR DE GIL BLAS.

## Número suelto, CUATRO CUARTOS.

# GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

## PRECIO DE SUSCRICION.

## EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Adminis-	13 reales.
tracion. . . . .	28 »
Por seis id. . . . .	50 »
Un año id. . . . .	30 »
ESTRANJERO, tres meses. . . . .	6 pesos.
ULTRAMAR, un año. . . . .	
Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.	

## ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

## LO QUE CORRE POR AHÍ.

Sr. D. Eduardo Asquerino.

Calle del Baño, núm. 1.

Mi querido amigo: Hazme el favor de no fruncir el ceño, y oye esta carta hasta el final, que no pocas veces he tenido yo tambien la paciencia de escucharte.

En ella verás mi disculpa por haber faltado á la reunion que diste en tu casa la noche del martes último, sin duda para probar al mundo que no todos los mártres son aciagos.

Yo conocia el programa de la fiesta, y deseaba que llegase el momento de probarte que, aquí donde me ves, soy un hombre agradecido,—con un estómago premiado en más de un combate.

Yo sabia que en tu casa encontraria lo más selecto de la belleza, la literatura y las artes.

Yo sabia que los representantes de todos colores (me refiero á la política, no á la cara), residentes en Madrid y sus arrabales, de nuestros hermanos y primos de Cuba, acudirían á la fiesta en cuyo obsequio desplegabas tu buen gusto y algunos miles de reales.

Sabidos son tus importantes trabajos sobre, nuestros asuntos de Ultramar y la actividad é inteligencia con que te dedicas á mejorar la suerte de nuestras preciadas Antillas, por cuantos medios están á tu alcance... ¿Cómo podria yo ignorar lo que nadie ignora?

El objeto de tu convite me constaba... *coní...*

Yo sabia que la mahonesa te enviaria sus dulces más preciados con toda la debida y *pagada* puntualidad.

Yo sabia que guardabas para tus convidados una muestra de nuestros primeros vinos; otra de nuestros primeros thés; item otra de nuestros primeros helados.

(¿Ves cómo entro de lleno en el estilo laudatorio, y soy capaz de disputar el premio á un redactor de *La Época*?)

Yo sabia que el golpe se daría á una hora conveniente: desde las diez de la noche á las tres de la madrugada.

Yo sabia que debian leerse algunas composiciones poéticas, y no ignoraba que en esta parte del programa me habias reservado un papel.

Yo sabia que íbamos á tener la honra de saludar á nuestros valientes marinos del Callao en la persona de uno de sus jefes, el Sr. Topete, comandante de *La Blanca*.

Por último, tenia yo noticia exacta de un resorte que habias dispuesto para última hora,—¡la hora de los valientes!—resorte que deberia producir efecto seguro; y era un vino de Jerez de 54 años que escupe por el colmillo.

Solo á tí se te ocurre tributar ese homenaje á la ancianidad, reanimando con él el espíritu de la juventud.

¡54 años! ¡Oh venerables canas! Conozco que os hubiera faltado al respeto, como algunos de mis colegas.

Veo tu sonrisa maliciosa que me pregunta:

—¿Acabarás?

No te impacientes, Eduardo. Haz el obsequio de no mirarme con esos ojos de gallo *peleador*, y atiende.

Llegó la noche, yo me sentia con un fuerte constipado y dije para mi gaban:

*Un convidado más ¿qué importa al mundo?*

Y, efectivamente, segun mis noticias, que las creo más veridicas que las de *La Correspondencia* desde que no está competentemente autorizada, el mundo no se ha parado á contemplar si yo asistí ó no á tu brillante reunion.

¡Oh vanidad de las glorias de esta vida!

He perdido la ocasion de pasar cuatro horas sin acordarme del fiscal de imprenta, y tu vino de Jerez ha ganado mucho evitando el disgusto que le causaria ver que un periodista de estos tiempos se le subia á las barbas.

Pero he perdido más.

¡Ah! La tarea de cronista es áspera en esta villa y corte.

Yo hubiera escrito mi artículo y llenado esta seccion con los recuerdos del martes; ni una frase ingeniosa, ni un nombre célebre, ni el tocado de una bella, ni un rayo de luz, ni una oportunidad, ni un pedazo de seda, ni un verso sonoro, ni un canto afinado, ni el gesto más insig-

nificante, ni un rumor, ni una cinta, ni un lazo, ni una nota... ¡Ah, todo lo hubiera yo aprovechado en paz y en gracia de Dios!

¿Te parece poca ganga la que he perdido? Compadéceme, y si queda todavía algo, pásame un recado de atencion.

Despues de haberme disculpado contigo, estoy en el caso de pedirte un favor, si el ruego de un ausente puede algo en tu corazon medio cubano.

Sé que al penetrar en tus salones el comandante de *La Blanca*, se improvisó un himno por algunos poetas y el maestro Barbieri en loor de nuestros marinos.

Pues bien: haz que conste mi voto con el de la totalidad.

Si de tu brillante fiesta no debiera quedar más recuerdo que este, él bastaría—y aun sobraria—para disculpar esta carta á los ojos de mis lectores.

Adiós, Eduardo, pónme á los piés de tu señora;—y si no se aplaca tu enojo, pónme despues aunque sea á los piés de los caballos.

Luis Rivera.

## LO DEL OJO.

El que tenga oídos, que oiga, el que tenga ojos, ábralos y lea, porque lo que vamos á referir pertenece á lo más elevado del género interesante y sensible.

Si despues de leerlo vuestro corazon no se ha abierto al dolor, ni vuestra boca á la admiracion más estupenda, será preciso convenir en que vuestra naturaleza no está templada para los grandes infortunios. En cuanto á mí, lo confieso sin hipocresía, puede hacerse un collar con las lágrimas de Polonia que me ha arrancado la simple narracion del hecho, y digo lágrimas de Polonia, porque el héroe de la aventura es un polaco, cuya vida, segun un periódico francés, no es más que una larga serie de desgracias.

«Tiene hoy 58 años. Desterrado en 1830 á Siberia pudo escaparse; se embarcó en Ochoisk y llegó á Montreal

—Ni quiero... y dése Vd. prisa, que va á andar el tren...

—¿Con que me has engañado, con que tu fisonomía no es lo que parece?... ¡Venga la peseta! Ya no tomarás la copa... Si lo he dicho, los empleados del ferro-carril no saben cumplir con su obligacion...

Y nuestro hombre echó á correr por el anden gritando ¡Elisa, Elisa!

—Aquí estoy, Joaquín, respondió una voz que parecia salir de una cueva.

Era la de Elisa.

No habiendo encontrado á su marido, y arrastrada por los viajeros, habiase ido acercando al tren, y mientras Joaquín la buscaba como un loco, ella se metia en un coche de primera donde iban siete hombres: dos oficiales de caballería, un cura, un empresario de teatros, el barba, dos estudiantes, y un fabricante de chocolate.

—¡Aquí estoy, Joaquín! Sube, que vá á echar á andar.

Y Joaquín exclamó:

—¡Ah! gracias á Dios, respiro al fin... Qué susto me has dado...

Diciendo esto abrió la portezuela, y metió medio cuerpo...

—¿A dónde va Vd.? le dijo uno de los oficiales de caballería que estaba al lado de la portezuela.

—Voy á entrar.

—¿Está Vd. loco?

—Hombre, Vd. si que está chusco. Ve Vd. que está aquí mi mujer, ¿y me pregunta que á dónde voy? Voy á sentarme á su lado.

—Pero, so animal, ¿no ve Vd. que el coche está lleno?

—¿Lleno? ¡Horror!

## AVENTURAS DE DOS RECIEN CASADOS.

(Continuacion.)

## CAPÍTULO SEGUNDO.

## La primera estacion.

## I.

Joaquín corrió al despacho de billetes.

—Necesito un coche reservado, dijo con énfasis.

—Hable Vd. con el jefe.

—¿Dónde está el jefe? Espera aquí, mi queridísima esposa, ángel mio, tórtola de mis amores... espera un momento, mientras yo consigo un coche reservado para nuestro amor.

—Mira, Joaquín, yo no me quedo sola entre tanta gente.

—¿Tienes miedo? No lo creeria. La que como tú tiene valor para dejar en babia á los convidados, bien pudiera ahora esperar sola entre tanta gente á que yo hablase con el jefe de la estacion. Pero la inocencia te disculpa.

—¿No ves cómo me miran?

—No te miran á tí, sino al traje: como vienes de blanco...

—Toma, el traje de boda...

—Espérame aquí.

Al poco tiempo de separarse suena la campana...

Los viajeros corren á los coches...

En medio de la confusion, Joaquín, que iba en busca del jefe, vuelve á buscar á su esposa con objeto de meterse en cualquier coche, hasta llegar á otra estacion en la cual pediría el reservado.

Pero desgraciadamente para él, su esposa, temiendo la tardanza de Joaquín, echó á correr detrás de él, y cuando él volvió al sitio en que debia encontrarla, ya no estaba.

Momento de estupefaccion.

—Aquí la dejé... Sí, junto á esta banqueta rota... y no está... ¡Elisa, Elisita!... ¡paloma!... ¿dónde estás? ¡Dios mio! ¿Se la habrá encontrado alguien? ¡La habré perdido para siempre!... ¡Bah! es imposible... No se pierde una mujer tan fácilmente, sobre todo, el mismo dia de la boda... La buscaré por otra parte... ¡Elisa, Elisa!

—¿A quién busca Vd., caballero? le preguntó un empleado de la línea.

—A mi esposa, ¿la ha visto Vd.? ¡Ah! Sí, la habrá usted visto... Hombre, tiene Vd. cara de haberla visto... ¿Verdad que es guapa?... Figúrese Vd. mi apuro... hoy mismo nos hemos casado... Con que, vamos, ¿dónde está?

—En algun coche reservado? como si lo viera... Vd. se lo habrá proporcionado, ¿eh? Gracias, amigo mio, déme usted esos cinco. Tiene Vd. una fisonomía muy simpática...

Por eso me gusta á mí la gente franca. Tome Vd.

—¿Qué me dá Vd.?

—Esa pesetita para que se eche Vd. una copa á la salud de Elisa, y á la mia, y á la de nuestro amor.

—Pero qué demonios está Vd. hablando?

—¿Cómo? ¿Me habré engañado por ventura? ¿No ha visto Vd. á mi mujer?

Ayuntamiento de Madrid



casi desnudo; vivió miserablemente ocho años en el Canadá, pasó al Brasil, y trabajó en las minas de diamantes de Tejeco; de aquí marchó á California donde reunió una pequeña fortuna buscando oro. Volvió á Europa en 1863. tomó parte en la insurrección polaca, cayó prisionero y fué deportado otra vez á Siberia. En Nertchinsk, á 18 leguas de Tobolsk, se le concedió una pequeña porción de terreno, al borde de un riachuelo.»

Hasta aquí la primera parte de la relación, que como se vé, no puede ser más conmovedora. Pero atención, que allá vá, como si dijéramos, el trueno gordo.

«El verano del año último se secó extraordinariamente el pequeño río, y nuestro héroe encontró en el cauce algunos pequeños fragmentos redondos de cuarzo, iguales á los que había visto en las minas de diamantes del Brasil. Movidó por un secreto presentimiento, cavó el fondo del río, y á los ocho días halló un diamante, luego hasta diez; en dos meses reunió muchas piedras que representaban un valor de 800.000 rs. Iba á espirar la buena estación y resolvió huir. Esperando el momento propicio siguió trabajando, y la víspera de su fuga descubrió un enorme diamante que valdria lo menos cuatro millones. Cayó entonces desvanecido; cuando volvió en sí examinó detenidamente la piedra que era una fortuna. Le asaltaron algunas dificultades; huir solo era casi imposible, y atravesar la China con una riqueza semejante, una locura. A fuerza de meditar halló un medio de ocultar su tesoro. *Se arrancó un ojo, y en la órbita vacía, metió el diamante en bruto que quedaba cubierto con el párpado superior: como pudo los demás diamantes en su cinturón, y se lanzó á través de las inmensas estepas, llegando á los confines del Celeste imperio, donde fué robado por los salvajes de Kirghz, que le dejaron, sin embargo, algunos pequeños diamantes, los cuales vendió en Sonek-Tcheon, la Venecia China. Con gran trabajo llegó á Shanghai, se embarcó como marinero en un buque sueco, tocó en Macao, Hong-Kong, Turana, Calcuta, Suez y Marsella. Hoy está en París, en la más espantosa miseria, sin encontrar quien le compre el diamante, que ha hecho pulimentar. Nadie le quiere á ningún precio; el diamante que tan caro ha pagado está salpicado de manchas interiores que le quitan todo su valor.»*

Ante todo, admiremos el poder de un hombre que se arranca un ojo de la cara con la misma facilidad que si fuera un ojo de gallo, habilidad que de seguro le envidian nuestros mejores oculistas. Aplaudamos las buenas disposiciones del diamante, y su modestia de colocarse en un sitio tan húmedo y angosto, y lamentemos que la enfermedad de la preciosa piedra, que desde luego puede creerse serán cataratas, haya puesto al pobre polaco en tan crítico estado.

La fortuna ha sido ingrata con el infeliz, pero la ciencia le debe una compensación. Algun día se comprenderá lo trascendental de su descubrimiento.

Un hombre acaba de robar una capa; la policía le persigue, se entra en un portal, sáltase un ojo, y esconde en el hueco la prenda robada.

Un viajero penetra en un tren en el momento en que

este va á partir; no tiene donde colocar el saco de noche; se decide á ser tuerto, y el equipaje se ha salvado.

Cartas de amor, retratos, armas prohibidas, muebles en buen uso, todo podrá conservarse en ese archivo que nadie podrá ver á pesar de tenerlo á la vista.

¡Ahí es nada lo del ojo!

Y esto sin contar con la mayor ó menor cabida de la bóveda; porque figúrense Vds. qué cosas podrían esconderse en los ojos del Guadiana.

Se oye decir á cada momento en cátedras y periódicos: la sociedad está ciega. No es extraño; se habrá saltado los ojos para guardar el poco dinero que le quedaba.

Si los ladrones que robaron al polaco en los confines del Celeste imperio estuviesen bien educados, lo primero que le hubieran dicho al despedirle habría sido: *¡compañero, mucho ojo!*

Y de seguro que el polaco, al oírlo, alza el párpado, y se descubre.

Por supuesto que el héroe de esta historia no debe haber perdido mucho en el cambio; el diamante podrá no ser bueno, pero el ojo debía ser mucho peor. Además, con un ojo de diamante no puede menos de verse bien. El día que esta costumbre se generalice, ya verán ustedes cómo se ponen de moda los tuertos.

Desgraciadamente, no todos tendrán el talento del polaco, ni hay muchos diamantes á que echar el ojo; lo que sí hay todavía es ojos que valen más que diamantes, y aun que los producen á veces, por esa extraña alquimia que nos hace ver en ocasiones lo negro blanco, ni más ni menos que le ha sucedido al polaco con su diamante, el cual, lejos de haberle costado ningún ojo, estoy seguro se los ha hecho abrir tan grandes como los del puente de Segovia.

M. del Palacio.

## MEDITEMOS.

Sabe, si por ventura no lo notas, que estamos en el mes de las bellotas.

En el día verás de San Eugenio, hacer acopio de ella á algún ingenio.

Ya en este mes se advierte, oh dueño mío, que se marcha el calor y viene el frío.

—Niño, en la iglesia tu cabeza tapa... y por la noche embózate en la capa.

En este mundo de amarguras lleno no se puede vivir sin el sereno.

Cuando alguno te dé una bofetada, rómpete tú, si puedes, la quijada.

Aun el bombero nuestras calles riega, y el globo en tanto sin cesar navega.

—Miseria, tienes el semblante fiero... ¡Pero aun es más atroz el del casero!

—Cudiao con mis pollos... y á vel si mira osté ande pone los piés.

—¿Quién le manda á Vd. traer aquí esos embelecos? —Er demonio del señó. Yo traigo lo que me da la real gana. ¡Vaya! Si hubiera sabido que iba osté á venil, hubiera pedido prestao un almodon pa que osté pusiera los piés... ¡Vaya! ¡Pus, hombre, no nos fartaba otra cosa!

Joaquín no tuvo más remedio que resignarse á sufrir las molestias de sus nuevos compañeros. Hizo abstracción completa de cuanto le rodeaba para no pensar más que en su amada Elisa, que había dejado en el coche inmediato, entregada á su desesperación, y espuesta á las miradas y chanzonetas de los oficiales y demás números de aquel departamento.

Apenas se serenó la gente, Elisa se recostó sobre el almohadón de su asiento, y empezó el acostumbrado diálogo en el coche de primera.

El cura (tosiendo).—¡Ejen, ejen! ¡Caramba, que ya va haciendo fresco! (Al decir esto se quitó el sombrero hongo, lo colocó con mucho cuidado sobre el enrejado, y se puso el gorro.)

Un oficial (á Elisa).—¿Le incomoda á Vd. el humo?

Elisa.—No señor.

Oficial.—Pues con su permiso voy á encender este cigarro... Pero si le incomoda á Vd....

—Ya he dicho á Vd. que no... Muchas gracias.

Un estudiante.—¿Van Vds. á Valladolid?

El chocolatero.—Yo voy á Santander

El empresario de teatros.—El señor (señalando al barba) y yo vamos á trabajar á Bilbao... He tomado por esta temporada el teatro y llevo compañía de verso.

Ya en Capellanes el jaleo empieza... Siempre lo mismo fué naturaleza.

Con la careta el rostro cubrirás, y no te importe, niña, lo demás.

¡Oh, locura del mundo! ¡oh, vida breve! ¿Por qué se ha de pagar lo que se debe?

Muere uno, y otro nace;—y tú le dices: —Ven, que voy á romperte las narices.

El mundo es como el mar... Crece el pez gordo; llega, se traga al chico, y se hace el sordo.

Luis Rivera.

## TIPOS ORIGINALES.

El afán de originalidad es la plaga de nuestro siglo. El toque no está hoy en tener virtud, ni talento, ni valor: el toque está en ser original.

Y va de ejemplos.

Lo que falta á Lorenzo para ser un buen pintor no es ingenio, ni gusto, ni habilidad: lo que le falta es pintar como todo el mundo. Pero entonces, ¿dónde estaría la originalidad? No le hablen de Murillo ni de Zurbarán: sus modelos son Masaccio y Lippi. Velázquez fué original pintando hombres cuando todos pintaban santos: Lorenzo espera ser original pintando santos cuando todos pintan hombres. Sus cuadros no se venden, pero su nombre corre de boca en boca. Lorenzo imita lo que nadie imita; por consiguiente, Lorenzo es un imitador original.

Si los corderos gastaran barba cerrada, fumarán en pipa y escupieran por el colmillo, Leonardo sería un cordero, con opción al grado inmediato. Leonardo es una paloma sin hiel, que podrá morir de todo, menos de cólico bilioso.—¿Quién le hace, pues, fruncir el entrecejo, erguir la cerviz, hablar recio y mirar de través? La fama de atrabiliario y pendenciero que goza, sin saber por qué. Esa reputación constituye su originalidad, y por sostenerla tiene agujereada la piel en tres partes distintas. Pensar que ha de entrar en un corro sin contradecir al primero que hable, es pensar en lo escusado. Luego, á solas, pasa angustias de muerte considerando los peligros en que le pone su malhadada reputación; pero ¿cómo renunciar á ella por susto más ó menos? Desde el último percalce que le sucedió, sus fanfarronadas van tomando cierto topo de prudencia, que les da el aire más grotesco del mundo. Pero ¿desistir de ellas?... Antes morir mil veces.—Anoche, sin ir más lejos, hablábamos de música, cuando él entró á terciar en la conversación:

—Yo prefiero á Meyerbeer, decía uno.

—Yo prefiero á Rossini, replicaba otro.

—Yo, señores,—esclamó Leonardo con su habitual

El cura.—¿El señor es Valero?

El barba.—No tengo esa honra. Yo soy barba.

El oficial (á Elisa).—¿De veras no le incomoda á usted el humo? Porque no quiero yo que vaya Vd. disgustada. Ya que ha tenido Vd. la desgracia de que su marido no llegue á tiempo... ¿Va Vd. muy lejos?

Elisa.—Creo que sí.

Oficial.—Así tendré el gusto de servirla por el camino en todo lo que se le ofrezca.

El cura.—¡Ejen, ejen! Maldita tos... Yo no sé por dónde entra el aire...

El otro oficial.—Por esta portezuela. Pero si cierro nos vamos á ahogar.

Elisa.—Pues yo tengo calor.

El oficial 1.º.—¡Ole! Así me gusta á mí la gente. ¿Y se puede saber á dónde va Vd.?

Elisa.—¡Calle Vd., si es una historia! Lo que á mí me pasa no le pasa á nadie.

Oficial 1.º.—¿Pues qué le pasa á Vd., niña? Como que estoy ya rabiando por saberlo. Es Vd. tan guapa... ¿De veras no le incomoda á Vd. el cigarro?

Elisa.—¡Dale!

Oficial 1.º.—Es que lo tiro en seguida.

Elisa.—No haga Vd. tal.

Oficial 1.º.—Y sepa Vd. que son de dos reales. Los compré en casa de Reynaldo cuando entré á probarme las botas de montar.

El chocolatero (sacando *La Correspondencia*).—Pues señor, vamos á ver qué noticias corren por el mundo.

Luis Rivera.

(Continuará.)

Entonces Elisa quiso interceder por su marido diciendo:

—Aunque se esté de pié.

—Señora, eso no se permite.

—Se sentará ella en mis rodillas, añadió Joaquín.

—¡Nunca! exclamó el oficial de caballería.

—Bonito espectáculo iban Vds. á darnos, dijo entonces el cura.

—En ese caso, me bajaré yo, y buscaremos otro coche...

Elisa iba á bajarse cuando el tren empezó á andar.

A Joaquín no le quedó tiempo más que para agarrarse á los hierros, y meterse en el coche de más atrás que era uno de tercera.

## II.

El coche de tercera en que tomó asiento Joaquín parecía el carro de la carne.

Iba lleno de trabajadores, de aldeanos y de menores contribuyentes.

Cada uno llevaba, al parecer, la casa acuestas, á juzgar por los muchos sacos, lios, cestas y mil zarandajas de todas clases.

Al lado suyo iban un oficial de cerrajero, que había venido á los toros desde las Rozas, y una vieja con dos cestos de pollos que no había podido vender.

Joaquín tropezó sin querer con uno de estos cestos, y se armó un cacareo de mil demonios.

La vieja frunció el ceño, y no pudo contener una exclamación que le salía de lo más hondo del alma.